

TRIBUNA

LA VANGUARDIA

ENTRE HOY Y MAÑANA Las dificultades de la moderación democrática

LEVAMOS cuarenta años en régimen de autoridad, autoridad que tuvo sus inicios en un conflicto armado. No debe extrañarnos que ahora la moderación sea la fórmula más difícil. La autoridad crea autoridad y hoy en día se ve mucho más fácil un golpe de fuerza a la derecha, o un tránsito al autoritarismo de izquierda, que la evolución tranquila a un estado de libertad y de democracia plural.

Por otro lado, para que las cosas transcurran por las vías de cordura y a la vez de justicia que uno desea, se precisa una clase social —media, si así la queremos llamar— que tenga bastante fuerza para imponer un curso ecléctico a los acontecimientos que, bien sopesados los pros y los contras, resulte el menos malo entre los posibles. Los timoneles de este rumbo han de tener suficiente firmeza y disponer de bastante autoridad en la calle para poder capear los embates del extremismo, que le llegarán simultáneamente por babo y por estribo.

Pues bien; esta autoridad moral de los moderados es la que puede quedar en entredicho, por la configuración política que es la del país desde hace tanto tiempo. El sistema vigente, visto en su conjunto, representa una postura global que, según quien la vea, se calificará simplemente de conservadora, puramente inmovilista o, incluso, reaccionaria. La clase media, precisamente porque cree eficiente conservar lo que sea conservable, sin por ello dejar de aspirar al cambio a todo trance, puede ser confundida en el futuro con el estado de cosas imperante. Precisamente porque quiere sostener todo lo que merezca ser sostenido, avanzando sin saltos en el vacío, se la puede confundir con la situación actual sin condiciones. Y ello le mermaría injustamente posibilidades para contribuir el día de mañana a un equilibrio democrático del país. Entonces, permítaseme que, una vez más trate de precisar posturas.

El elenco de los políticos españoles que mandan en 1975 presenta, como es lógico, un amplio espectro de posturas, que pueden de todas formas tipificarse con cierta precisión. Lo que estamos presenciando como actúa tras las candelillas es el régimen vigente español. Este régimen dispone de un ala ultra-integrista, inamovible e incommovible. Dentro del régimen exis-

te también un centro, que está fundamentalmente de acuerdo con el sistema pero que querría modernizarlo y humanizarlo mermando su autoritarismo y aumentando la participación de los españoles. Para este grupo mayoritario dentro del sistema, este suave evolucionismo es producto de cambios en el pensamiento o, simplemente, obedece a postulados de eficacia estratégica. Se trataría de sacrificar lo objetivo con tal de conservar lo esencial. Con unos y con otros se llega a las asociaciones políticas y un poco, no mucho, más allá. Para estos dos grupos, las esencias del régimen son igualmente intocables. Simplemente, para unos el mundo sigue su marcha y cambia a ojos vistas y hay que ajustar un poco nuestro paso, aunque no sea más que por táctica. Para otros, seguimos en 1939.

Por fin, un sector, mucho más reducido dentro del sistema, vacila entre propugnar el cambio hasta la ruptura democrática o resignarse a la preponderancia de los otros dos grupos. Los que ceden dejan de existir como presencia diferente. Los que insisten por esta vía dejan de pertenecer al régimen. En general, pues, y con pocas excepciones, todos estos matices están de acuerdo en que el régimen es esencialmente bueno y sólo difieren en la profundidad de los retoques que les parecen posibles u oportunos.

Paralelamente, y no en frente, como desearían algunos, situaría yo a lo que se ha dado en llamar el país real. El país real engloba a los hombres del régimen, desde luego. Estos serán tal vez minoritarios, pero son tan reales como cualquiera. ¿Cómo, si no, habrían mandado casi medio siglo? La España real se compone de los que, más o menos activos, militan en el régimen y de los que se sitúan al margen de él, también con mayor o menor grado de activismo. Pero a efectos de clasificación me parece oportuna la expresada dicotomía entre España oficial y España real.

Dentro de este conjunto que se mueve al margen del régimen hay también derechas, centro e izquierdas. Para casi todos lo esencial es la libertad y la democracia. Para este centro y para estas derechas democráticas, que aquí han de equipararse al socialismo, socialdemocracia, liberalismo o incluso al partido

conservador inglés o sueco para entendernos, algunas de las cosas que ha hecho el régimen merecen ser salvadas y serán conservadas. Para esta gente, sobre todo, el cambio debe producirse sin violencia. Estarán para ello dispuestos a transigir hasta cierto punto y a negociar, en aras al realismo político, con el régimen. Sin embargo, y esto es esencial, para ellos las fórmulas antidemocráticas del sistema actual le hacen inadmisibles globalmente. De todas formas cuarenta años de historia de España no se pueden, ni se deben, ignorar. Miran, pues, al futuro, pero están seguros de que el cambio que desean se afianzará en los peldaños anteriores, según la fórmula que ha hecho posible el progreso de las naciones civilizadas.

Este centro, incluso estos conservadores del futuro, discuten la totalidad del sistema, en aras de lo que se cree ser el bien del país, pero con un inexorable realismo frente a sus posibilidades de cambio. Por eso he dicho alguna vez que —a pesar de su prudencia— los conservadores y los centristas de la democracia están mucho más a la izquierda que los izquierdistas de la situación. Estos forman parte del subconjunto de españoles del régimen —España oficial— y aquéllos no. Aquéllos están a todos los efectos en la oposición —España real— y éstos no. Para los del sistema, la ruptura democrática no se contempla. Para los otros, la ruptura, así sea con anestesia total, parece inevitable y deseable. Todo es relativo en esta vida y, sobre todo, lo son las posturas sociales. No evolucionan estos liberales a que me vengo refiriendo —que llevan veinticinco años siendo ostentadamente democratas— sino que evolucionará el país. ¡Esperemos! Precisamente porque hay mucha gente que piensa, más o menos, como lo describo, y manifiestan abiertamente que están en la oposición hoy, a pesar de que en el espectro político de la apertura futura serán centristas o conservadores, es por lo que será posible mañana que existan y operen políticamente en el ámbito de la democracia, con pleno derecho, prestigio y autoridad, las fuerzas de la moderación.

Ramón TRIAS FARGAS

OCIOS A vueltas con la paciencia

DESDE luego, la época en que vivimos no resulta nada propicia a lo que tradicionalmente llamábamos «paciencia». No me refiero, ahora, a la «virtud» —¿«cardinal»?— contraria a la «ira», según el catecismo, y que podía contar como mérito para ganarse el cielo: habría mucho que hablar acerca de ella, pero no es este mi propósito, aquí. Pleno en la otra: en la «virtud» ya profana y segundona, de alcance bastante más modesto, que consiste en soportar con calma, e incluso con ilusión, un trabajo largo o difícil. La paciencia, así entendida, dependía, sin duda, del valor que la sociedad —la gente— confería al tiempo: del «poco» valor que la sociedad concedía al tiempo, para decirlo con mayor exactitud. Lo del «trabajo largo o difícil» admite cualquier posibilidad históricamente obvia: pongamos por caso, redactar la «Divina Comedia», o bordar un juego de cama sobre dibujos complicados, o copiar pliegos y pliegos en letra redondilla, o construir pirámides como las de Egipto o catedrales como la de Reims, o guisar un plato de fórmula delicada, o... De hecho, cualquier ejemplo es válido. La humanidad, hasta hace cuatro días, apenas dispuso de otras «máquinas» que las elementales, y el esfuerzo y la atención que exigía la confección de «algo», lo que fuere, se reducían a «tiempo». Si se quiere, a habilidad y a tiempo. Pero la habilidad —el aprendizaje— suponía, también y en definitiva, tiempo...

Con las «nuevas máquinas», todo cambió. La «máquina» de veras —no la rueda, la palanca, la polea, el torno, y lo demás, que máquinas eran y son, en efecto, sino los complejos artificios que el desarrollo de la ciencia y de la técnica ha puesto a disposición de las «empresas» —permítame una noción del «tiempo» sin precedentes. Desde las alturas, y ya muy al principio, se empezó por afirmar que «el tiempo es oro». La consigna pertenece al momento más dinámico de la burguesía: la etapa «heroica» del proceso de la revolución industrial. A

la larga y tras una serie de vicisitudes embrolladas, a fuerza de «lucha» o de «compromiso» de clases, se ha llegado a una equivalencia más divulgable: «el tiempo es ocio». En realidad, habría que traducirlo en términos menos ambiguos: todos deseamos más tiempo para el ocio. Las «máquinas» ayudan a facilitar la hipótesis, y hasta se especula con la idea de una «automación» o «automatización» creciente, mediante la cual el «trabajo» físico iría cada vez más a cargo de los chismes mecánicos, con la consiguiente mitigación de la condena del Génesis y «el sudor de la frente». Lo que anteaer costaba jornadas y jornadas de arar, con unas bestias de tiro y un labriego docto, hoy lo arregla un tractor en una y con un solo tripulante. La indicación rural es la más vistosa. Puede que no sea la más eficaz.

Porque todo, todo, lo que se dice todo, nos llega a través de máquinas: desde la comida hasta el vestido, desde la medicina hasta la música, desde las doctrinas hasta los juegos o los juguetes. El «producto» ya no es lo que era —problema que dejaremos de lado, de nuevo—, pero posibilita «ocios». La caricatura del «pluriempleo», tan grata a los humoristas y a los demagogos, no siempre es tan dramática ni tan grotesca: la víctima del pluriempleo «paga» el gasto del nene y la nena —quizá universitarios, y nadie les discutirá el derecho a serlo— las vacaciones en la costa o en la sierra, o la sencilla manutención cotidiana. Ese agobio, regular e inmediato, no debe ofuscarnos al punto de olvidar lo que se pretende: más «oro» o más «ocio» —más «tiempo libre» —para uno mismo o para sus allegados. Sólo que... «Hacer del tiempo oro» no está al alcance de cualquiera. Pero la partícula de «ocio» que le corresponda a cada cual ya es otro asunto. El concepto de «ocio» es de lo más humano —de lo más «no-zoológico» — que quepa imaginar. Otras oportunidades nos son comunes con la pulga, el rinoceronte, el delfín, el jilguero o el bacilo de Koch: no el «ocio».

El «ocio» es irreductiblemente «humano»: no ocurre, como con el nacimiento, la reproducción y la muerte, que nos son «genéricas». ¿Y qué hacer con el «ocio», una vez conseguido, y en la medida que se consigue? La reivindicación social del ocio, pasados unos ciertos límites —los de la miseria absoluta—, revierten en unas incatalogadas especies de «angustia», para la mayoría de la población. ¿Qué hacer, repito? Las señoras, por una inercia ancestral, bordarán, o harán ganchillo, o se dedicarán a los naipes. Los caballeros... En un contexto social donde el hombre es «el pilar de la familia», las opciones son escasas. Si se trata de un macho relativamente joven, todavía le queda la esperanza de ejercer el donjuanismo —el erótico, no el político—, y, prácticamente, sanseacabó. En las playas, y con turistas de uno y otro sexo, los «ligues» ya son casi profesionales: hay poco que hacer, con el «ocio», si no se trata de un ocio metódico, de rico. Que no es lo normal. Desde que el mundo es mundo, estadísticamente —y cómo no!— son más los pobres que los ricos, y lo siguen siendo, y lo serán: incluso en las llamadas «sociedades socialistas». El «ocio», en estas circunstancias, nos devuelve a la «paciencia». No se puede ser bañista, televidente ni practicante del tenis las veinticuatro horas del día: ni lector de Simenon o de Heidegger. Por poco que duren unas «vacaciones pagadas», o un «puente», o un «fin de semana», el tedio se impone. Lo puede observar cualquiera. El cuerpo humano es muy limitado en sus capacidades: de dormir, de comer, de fornicar, de discutir, de bailar, de hacer apuestas, de contemplar o escuchar «seriales»...

Puede que, en un saldo final —que podrían hacer los juveniles sociólogos de turno con sus inefables «encuestas»—, se descubra la perduración de la «paciencia». A veces, un reportaje gráfico, nos informa de que un ciudadano ha elaborado una reproducción de la torre Eiffel utilizando mondadientes, o que las variantes de

tinta o grabado de unos sellos de correos se convierten en materia de disputa o de subasta muy empeñados, o que el coleccionismo —de lo que sea— se convierte en pura pasión. Y, además, la «paciencia» por excelencia: la calificable de «benedictina». Por lo general, se les atribuye a estos monjes supervivientes una tenacidad singular en lo que se entretienen: erudición con palinsestos, por decirlo de algún modo. Pero el vecino que monta miniaturas arquitectónicas con mondadientes, o el que construye un barquito, con velas y todo, dentro de una botella, y el coleccionista de sellos o de primeras ediciones, y el que toma lecciones de guitarra o de piano sin imaginarse concertista, y... Son casos de «paciencia». Y de paciencia gratuita. ¿Cómo evaluar la «paciencia» en pintura, dicho sea de paso, cuando no importa si la pincelada es «gorda» o «delgada», y uno se supone «informalista» y el otro se aplica al «hiperrealismo»? Las innumerables fichas que ha coleccionado un historiador, ¿cuando son «trabajo» y cuando «ocio»? O ¿cuando «ocio»? Habría que verjo, si fuera posible «verlo». Hay en el aire, una «necesidad» de retornar a la «paciencia». La estimación de ciertas formas de la «artesanía» fósil me daría la razón. La «paciencia» equivale a «sosiégo», cuando los honorarios dejan de interferirse. Una huida de las aflicciones del «maquinismo» es regresar al trabajo difícil y largo, y, además, inútil: el jardín, la poesía lírica, las construcciones con palillos, la «chapuza», la pesca con caña, la metafísica, o la sociología —que es lo mismo—, la elaboración de miniaturas...

La «máquina» es un reto. La máquina rápida, eficiente, útil. La respuesta es la «paciencia»: la antimáquina, la labor manual, lenta y perfilada. Para matar el aburrimiento. El paso del «trabajo» al «ocio» es confuso...

Joan FUSTER

Vegasa **SEYCO** *forlady*
MUEBLES Y REFORMA DE COCINAS
PROYECTOS Y PRESUPUESTOS
FACILIDADES DE PAGO • 10 AÑOS DE EXPERIENCIA
Tels. 224 65 54 Aragón, 82 BARCELONA
325 44 65 Villarroel, 44

LA CASA INGLESA
P^a de Gracia, 78 pral.
Teléfs. 215 51 13 - 215 30 58
Barcelona - 8



INOXALLA, S. A.

Compramos toda clase de chatarras de acero inoxidable, rápidos y aleaciones especiales

RAZON: Calle Pamplona, 127 - Teléfono 309-66-58

CURSOS INTENSIVOS DE INGLES
(2 horas diarias)
El próximo curso empieza el día 1 de abril

¿TERMITAS? ¿CARCOMAS?
TRATAMIENTO GARANTIZADO
T. E. C. Tratamientos Especiales para la Construcción, S. A.
GIRONA, 166 - BARCELONA-9 - TELEFONO 257-40-94

Sus mini vacaciones serán grandes

Si las pasa en el Hostal Restaurant Mas Tradés. En Cubellas. En plena naturaleza, ambiente familiar, precios razonables. Nuestro tema es la calidad en carnes, pescados y mariscos. Nueva dirección.
Tony Casanovas el Rebot de Barcelona.
Apertura 22 de marzo. Reservas. Telf. 893-18-50 - 268 y 321-28-20 de Barcelona